

¡Qué vida triste la mía! Ando saltando de un lado para otro, revoleada por los aires, a veces con migas, restos de comida o todas las basuras que a mi dueña se le ocurre recoger por el camino. Es que pertenezco a una nena, una chiquilina mejor dicho, a quien le dicen Caperucita Roja por la gorrita que le hizo su abuela. ¡Ay, qué vida la mía! Me lleva de aquí para allá y yo ya estoy vieja para estos trotes. Además, ¡es de desobediente!

Sin ir más lejos les voy a contar lo que pasó el otro día. La mamá me cargó con pasteles y le dijo que me lleve a la casa de su abuelita porque estaba enferma, le advirtió que tuviera cuidado al cruzar el bosque porque se podía encontrar con el lobo, que era muy peligroso y que no le hiciera caso, pero... es inútil con esa chica...

Iba yo como siempre sacudida y golpeada por todos lados cuando de pronto ¡oí la voz del lobo! Escuché lo que le decía ¡la engañaba! ¡Le hizo tomar un camino equivocado!

Yo me di cuenta, pero ¿cómo podía advertírsele? Yo sabía que aquel lobo ladino algo había tramado. Además ella, que con tal de jugar no le importa nada, jamás piensa en las consecuencias, es cierto que es chica, pero a veces me parece que se porta como una tonta.

Pero ya era demasiado tarde. Cuando llegamos a la casa me di cuenta de que la abuela no aparecía por ningún lado y pensé: "A ver si este lobo ladino se la comió". Pero Caperucita como si nada.

Yo noté que la abuela no era la de siempre porque se la veía horrorosa en la cama, como negra y peluda y Caperucita empezó a preguntarle:

—Abuelita ¡qué ojos tan grandes que tienes!

Y la otra le contestaba: —Son para verte mejor.

—Abuelita ¡qué orejas tan grandes que tienes!

—Son para oírte mejor.

—Abuelita ¡qué nariz tan grande que tienes!

—Es para olerte mejor.

—Abuelita ¡qué boca tan grande que tienes!

—¡Es para comerte mejor!

¡Y de un bocado se la engulló!

¡Ay, qué desesperación! ¡Se imaginarán mi angustia! Porque está bien que me tiene cansada con todo lo que me maltrata, pero después de todo una se encariña, y es una criatura.

Pero cuando ya daba todo por perdido, se abrió de golpe la puerta ¡y era el leñador del bosque!, un muchacho muy bueno y trabajador que pasó por ahí y escuchó por casualidad el batifondo y de un semejante golpe que le dio al lobo le hizo escupir a Caperucita que salió casi asfixiada pero contenta. Y también sacó a la abuela, porque el lobo se la había comido antes. (Yo supongo que él debe haber llegado primero porque le indicó a Caperucita el camino más largo y el muy vivo tomó el más corto y así se comió a la abuela.)

Al final nos quedamos todos contentos. A Caperucita la retaron bastante y espero que le sirva de lección. Con el lobo no sé qué pasó ¡oí tantos comentarios! Algunos dicen que el leñador lo tiró al río, otros dicen que lo mató del golpe, otros que prometió que se iba a portar bien y no iba a molestar más a los chicos ni a nadie. ¡Qué sé yo! El asunto es que ahora estamos todos en paz y yo paseo mucho más tranquila por el bosque.